

IL SANTO DE FOGAZZARO Y SAN MANUEL BUENO DE UNAMUNO

I

En las numerosas bibliografías sobre Unamuno y sus obras, no aparece ningún estudio dedicado a las posibles influencias que el novelista italiano, Antonio Fogazzaro —célebre por las polémicas que suscitó a causa de sus ideas modernistas— pudiera haber ejercido sobre el rector de Salamanca. Estudiando las obras de Fogazzaro, considerando las circunstancias que las inspiraron y las ideas de principios de siglo, que tanto influyeron en su actuación, se concluye que las posibilidades de influencia son dignas de ser consideradas. Las inclinaciones místicas juveniles del autor italiano, así como sus crisis agnósticas unidas a críticas acerbas contra la Iglesia, sus ansias de reformador imbuidas de ideas romántico-panteístas-rosminianas, y finalmente sus relaciones con los modernistas, recuerdan, en parte, la fisonomía espiritual de Unamuno. No obstante ser Fogazzaro el representante principal en la literatura italiana, del movimiento llamado neo-espiritual, nadie lo ha estudiado a fondo en relación con Unamuno. El erudito editor de don Miguel, y sin duda el mejor conocedor de la bibliografía unamuniana, Manuel García Blanco, no ha podido recoger ningún título. En el prólogo que escribió para el tercer tomo de *De esto y de aquello*, dedicado a los libros y autores extranjeros, conocidos y citados por Unamuno, aparece en la primera parte el grupo de los escritores italianos, entre los cuales no se encuentra Fogazzaro¹. No obstante es el único que recogió una nota en la que se lee: "Unamuno nos dio a leer a Verga y a Fogazzaro", en su artículo sobre "Italia y Unamuno", que publicó en *Archivum*². Friedrich Schürr, no nombra a Fogazzaro en su artículo de *Romania*: "Italienische literarische 'Einflüsse' im Werk Unamuno's"³.

La lectura de las obras de Fogazzaro, tan impregnadas de sentimientos religiosos agónicos, y tan ricas en ideología modernista, permite descubrir ciertos detalles que justifican una investigación en relación con la ideología y la estética unamuniana. Aquí se presentan los resultados de

¹ Buenos Aires: Ed. Sudamericana, 1953, III, pp. 9-13.

² Univ. de Oviedo (IV-1954), p. 218.

³ Festschrift für Bernhard Rohlf's (Halle: Niemeyer, 1958), pp. 410-16.

un estudio comparado de las dos novelas de tesis teológica *Il Santo*⁴ y *San Manuel Bueno, mártir*⁵.

II

El cinco de noviembre de 1905, apareció en los escaparates de las librerías *Il Santo*, de Antonio Fogazzaro. Esta novela, anunciada con bastante anterioridad, fue ansiosamente esperada por el público, que conocía las ideas modernistas de su autor. En cierta manera, era la continuación de *Piccolo Mondo antico* y *Piccolo Mondo moderno*, donde aparecen personajes en los que se manifiestan ideas religiosas liberales e incluso heterodoxas y ateas. Fogazzaro, a pesar de considerarse católico, simpatizaba con las doctrinas de los pensadores modernistas que oponían al objetivismo dogmático racionalista tradicional, el subjetivismo intuitivo basado en el valor apologetico de la inmanencia. Los modernistas apoyándose en la relatividad y en la evolución conceptual de las doctrinas, oponían a la Revelación trascendental y dogmática, otra inmanente y privada, realizada a través del sentimiento y de la acción individual. Al comenzar el siglo, alcanzaron enorme popularidad los principios filosóficos modernistas que fueron inspirados en parte por la filosofía de la acción de Maurice Blondel⁶. Estos principios fueron defendidos por exégetas, teólogos, investigadores y literatos de renombre como Alfred Loisy, Henri Bremond, Paul y Auguste Sabatier, Edouard Le Roy, en Francia; Tyrrel, von Hügel, en Inglaterra; Hermann Schell y Xavier Kraus en Alemania; Murri, Buonaiuti y Fogazzaro en Italia. Estas doctrinas modernistas fueron condenadas por Pío X, el 4 de julio de 1907, en el decreto *Lamentabili sane exitu*⁷, y el 8 de septiembre del mismo año en la encíclica *Pascendi Dominici gregis*⁸.

El protagonista de *Il Santo* es un personaje que había tenido vigorosa actuación en *Piccolo Mondo moderno*. A pesar de que Fogazzaro se propuso crear un santo ortodoxo —según había escrito el 28 de noviembre de 1904, en *Il Giornale d'Italia*: “Chi aspetta nel mio protagonista un eresiarca s'inganna molto”—, el Santo Oficio publicó, el 6 de abril de 1906, el decreto de condena en el *Osservatore Romano*, poniendo la novela en el Índice. La obra, tras cinco meses de circulación libre, alcanzó

⁴ Cito la ed. de Milano: Baldini, 1906.

⁵ Cito la ed. publ. en *Obras selectas*, Madrid: Plenitud, 1965.

⁶ *L'Action. Essai d'une critique de la vie et d'une science de la pratique.* (Paris: Alcan, 1893).

Ver, A. CARTIER: “M. Blondel, le Philosophe de l'action”. *Archives de Philosophie*, Paris, vol. XXIV (Janvier-Mars 1961) pp. 5-20.

⁷ Acta Apost. Sedis, Vol. XL, (1907) 470 y ss.

⁸ *Ibid.*, 593 y ss.

tanta publicidad, que el “caso Fogazzaro”, no sólo interesó al Parlamento italiano y conmovió a los espíritus cultos de toda Italia, sino que se hizo famoso en Europa. Desde entonces la notoriedad de Fogazzaro como modernista se hizo definitiva. La novela *Leila*, que cerró la serie, también fue puesta en el Índice, el 8 de mayo de 1911, dos meses después de la muerte de su autor; éste, al parecer, quiso salvarla de la condenación, según escribió a su amigo Monseñor Bonomelli:

La religione vi avrà parte e vi ritornerà il nome di Benedetto (el santo), ma di modernismo non vi sarà l'ombra, non vi sarà l'ombra di questioni pericolose⁹.

III

Piero Maironi (el santo), que es un hombre joven, bien parecido, de mirada profunda que inspira confianza y simpatía a todos, particularmente a las mujeres, aparece por primera vez en *Piccolo Mondo antico*, para reaparecer en *Piccolo Mondo moderno*, en compañía de sus amigos Carlino Dessalle —escritor ateo— y Jeanne Dessalle, su hermana, que según propia confesión es escéptica: “Poniamo se vuole, la religione mia, ch'è la religione del dubbio...”¹⁰. Maironi vive en el valle de Valsolda de Lugano, rodeado de montañas, junto al hermoso lago donde se refleja la antigua iglesia y un pino, cuya imagen permanecerá grabada en su memoria, como la de un símbolo misterioso que presagia su muerte. Un drama interior, producido por sentimientos de culpa, le atormenta: ha dejado de amar a su esposa que víctima de locura está internada en un manicomio. El no siente pena ni compasión por ella, y la traiciona con Jeanne. Con la desaparición del amor conyugal desaparece también la fe, y con la pasión por Jeanne aparece la hipocresía. Dice en un diálogo: “Era una cosa terribile perchè non soffrivo più, non amavo più, mi sentivo, con orrore, un ipocrita”¹¹. Refiriéndose a sus dudas religiosas exclama: “... e se Dio non ci fosse? Se tutta la mia fede fosse un tessuto d'illusioni?”¹². Esta inquietud lo va sumiendo poco a poco en un estado de histerismo místico manifiestamente morboso, no exento de odio contra sí y deseo de auto-destrucción. Víctima de alucinaciones, cree tener una visión, según la cual debería convertirse en un apóstol moderno de la fe en la fe y en la acción. Parecería que quisiera recobrar la fe desaparecida, predicándola a los demás. Apenas muere su esposa se aleja misteriosamente (fin de *Piccolo*

⁹ Cf. OTTORINO MORRA: *Fogazzaro nel suo piccolo mondo* (Rocca San Casciano: Ed. Cappelli, 1960), p. 720.

¹⁰ Cito la ed. de A. MONDADORI, Milano, 1930, p. 114.

¹¹ *Ibid.*, p. 65.

¹² *Ibid.*, p. 67.

Mondo moderno) para reaparecer como protagonista místico de la fe, en *Il Santo*. La desaparición de Maironi, sume a Jeanne en un estado de profunda melancolía. Estando separada de su cruel esposo —que morirá poco después— y viéndose ahora abandonada por su amante, se consagra al cuidado de su incrédulo hermano Carlino. Invitados por Noemí d'Arxell, hacen un viaje a Bélgica. En el primer capítulo de *Il Santo*, que se titula "Lac d'amour", el autor presenta a los hermanos Dessalle y a Noemí en la ciudad de Brujas. Noemí, que es protestante, tiene una hermana —María— convertida al catolicismo y casada con un famoso escritor modernista italiano, llamado Giovanni Selva. Este matrimonio vive en Subiaco, donde Piero Maironi se ha refugiado, trabajando como jardinero, bajo el nombre de Benedetto, en la abadía de Santa Escolástica, desde hace tres años. Carlino, durante la estancia en Bélgica, concibe una novela de tesis teológica, que por ser de importancia para este estudio, y con el fin de evitar una digresión demasiado extensa, resumo separadamente a continuación.

IV

El escritor Dessalle quería titular la novela que estaba concibiendo "Lac d'amour". Se trataría de un caso de "contagio spirituale" (p. 11). El protagonista sería un sacerdote octogenario, piadoso, casto y bondadoso, que confesando a un intelectual escéptico, quedó contagiado de sus dudas de tal manera que sus creencias se fueron debilitando hasta desaparecer. El pobre sacerdote, obsesionado con la idea de la muerte, perdió la fe, cuando más le habría sido necesaria. La acción tendría lugar en Brujas, "Perchè a Bruges c'è un silenzio di anticamera dell'Eternità..." (ib.) y porque, añade Carlino, allí vive una joven de veinticuatro años, atractiva e inteligente, que se confesará con el anciano sacerdote, el cual contagiado por la fe simple y firme de su penitente, irá poco a poco recobrando su fe perdida:

Dunque il vecchio prete ritroverebbe la sua fede antica nel contatto di quella semplice e sicura di lei. (p. 12).

Añade Carlino que: "Una influenza mistica del sesso conduce il vecchio a ricercare un'armonia di anime con la fanciulla" (ib.). A la pregunta de Jeanne de por qué el sacerdote tiene que ser tan anciano, responde Carlino que debe encarnar una criatura intermedia entre el hombre y el espíritu, que esté entre el tiempo y la eternidad. La ausencia de pasión erótica, hará más íntima y profunda la amistad del confesor con su penitente, tanto que al final de la novela llegarían a ser amantes platónicos:

L'ultima scena, di bellezza ineffabile, sarebbe una passeggiata notturna, al chiaro di luna, del prete e della giovine per le vie di Bruges, dove le loro anime si apprirebbero a confidenze quasi di amanti, a sogni quasi di profeti. (p. 14).

A medianoche se encontrarían junto a las aguas dormidas del Lac d'amour, y sus confidencias serían perturbadas por la sombra de un hombre siniestro: "Ecco quell'ombra torva, nera, che va, che viene, che si dilegua al suono delle ventiquattro campane" (p. 31). En la novela que estaba escribiendo Carlino, aparecería el espíritu de un hombre siniestro, que según la leyenda era el alma condenada del enamorado que trató de seducir a santa Gunhild, la hermana del rey Harold. La protagonista de la novela de Carlino se llamará Gunhild. La fina intuición femenina unida a las dolorosas experiencias amorosas de Jeanne, descubren que la heroína de la novela será sacrificada en aras de un amor ideal y platónico con un sacerdote incrédulo y anciano:

E così quella povera fanciulla, disse Jeanne amaramente, sulla fede di un vecchio prete mezzo cieco vedrà delle stelle che non ci sono, perderà il suo buon senso, la sua giovinezza, la sua vita, tutto. La farai bene seppellire lì al Béguinage, dopo? (pp. 34-35).

El argumento de la novela de tesis que aparece en el primer capítulo de *Il Santo*, consta de los elementos esenciales siguientes: 1. Por contagio un sacerdote pierde la fe. 2. A la vez será contagiado por la fe simple y firme de una joven penitente. 3. Entre confesor y penitente se establece una amistad que llega a convertirse en amor platónico. 4. El confesor confiesa sus dudas a la penitente, que lo conforta y consuela. Los elementos secundarios serían de carácter simbólico: 1. El lago, 2. Las veinticuatro campanadas, 3. La sombra esperpéntica, 4. El Béguinage.

El sacerdote que recobró por su amiga el don perdido, encontró en su confidente el mayor placer experimentado en sus relaciones humanas.

V

Cuando Noemí confesó a Jeanne su amor por Don Clemente —monje benedictino de Santa Escolástica, amigo de los Selva y protector de Maironi— la Dessalle decidió emprender inmediatamente viaje a Subiaco, pues sospecha —como también sospecha María— que dicho monje es Maironi. Al llegar lo descubre en el humilde acompañante de don Clemente, cuando éste sale de una reunión de modernistas, que había tenido lugar en casa de los Selva. Maironi abandonará al otro día la abadía para consagrarse como simple lego a predicar la fe y a hacer obras de caridad. El lugar escogido para su apostolado laico es una pequeña aldea en las

montañas. Comienza para Maironi un período de gran popularidad. Su vida es tan evangélica y su caridad tan perfecta que poco a poco adquiere fama de santo. Su misión principal es poder realizar su obsesión de predicar la fe, de hacer todo lo posible para que la gente crea. Esta idea fija es el resultado del proceso psicológico que insinuamos al principio. El complejo de culpa resultante del pecado de infidelidad o de adulterio fue evolucionando hasta convertirse en pérdida de confianza y fe en Dios. El tiene conciencia de haber sido infiel a su esposa y a sus promesas y principios religiosos. Esto lo atormenta y desea reparar la infidelidad traicionada, predicando la fe más ciega y la fidelidad más absoluta. No lo mueven motivos de orden intelectual, ni siquiera entusiasmos de vocación religiosa, sino razones puramente sentimentales. Ortega y Gasset, comentando la fe de Maironi, la califica de franciscana por oposición a la fe origenista de Selva: "Fides quaerens intellectum". Con esta observación—inexacta al insinuar que la fe franciscana es anti-intelectual¹³—, Ortega quiere demostrar que para Maironi, el acto de fe, no es una aceptación intelectual, realizada bajo el influjo de la voluntad, que a su vez es auxiliada por la gracia, sino un puro acto natural volitivo y sentimental¹⁴. Maironi se convertirá en predicador acérrimo de la fe vulgarmente llamada del carbonero, que para ser tal tiene que ir acompañada de una obediencia ciega que enérgicamente rechaza preguntas y sofoque dudas. Predica que no se debe dudar ni un instante de la autoridad de la Iglesia, incluso cuando ella haya perdido la fe en sí misma. La autoridad eclesiástica, lógicamente, desaprueba su predicación y su conducta:

Il preteso taumaturgo poi aveva predicato un sacco di eresie sui miracoli e sulla salute eterna, aveva parlato de la fede come di una virtù naturale, aveva criticato Gesù che guariva gl'infermi. (p. 230).

El santo consideraba la fe una virtud puramente natural no obstante haberla definido el Concilio Tridentino, en la tercera sesión: "Fidem... virtutem esse supernaturalem...". En realidad refiriéndose a los milagros dijo que existían en la naturaleza fuerzas ocultas y desconocidas que podrían causar efectos preternaturales. También confundió la fe con la esperanza y la confianza por las cuales podrían alcanzarse bienes de orden material y espiritual. La predicación de la fe en la fe, y la caridad evangélica suscitan en el pueblo un profundo sentimiento de confianza en el predicador. A tal extremo llegó esta confianza y "fe" en él, que le atri-

¹³ "Actus fidei est actus intellectus assentientis veritati divinae, ex imperio voluntatis, a Deo motae per gratiam". Thomas Aquinas, II-IIae, Q. 2, a. 2.

¹⁴ "Sobre 'El Santo'". (Art. de junio de 1908) *Obras completas*, T. I (1902-16) (5.ª ed., Madrid: Rev. de Occ., 1961). Después de criticar la traducción castellana y encomiar la obra de Fogazzaro, Ortega dedica ocho páginas a generalidades sobre la herejía modernista, sin profundizar en lo esencial de la novela.

buyeron el don de hacer milagros. Noemí escribió una carta a Jeanne en la que le decía:

Tutta la valle ne era piena. La corrispondenza letta dalla Dessalle diceva che una quantità di gente affluiva a Jenne per vedere e udire il Santo, che si proclamavano guarigioni miracolose operate da lui... (p. 193).

Cuando una joven recobra súbitamente la salud, Maironi aprovecha la ocasión para predicar la confianza en la fe, que es la única autora de los milagros:

Voi esaltate me, diss'egli, perche siete ciechi. Se questa giovine è guarita non io l'ho guarita ma la sua fede. Questa forza della fede che l'ha fatta alzarsi e camminare è nel mondo di Dio, dappertutto e sempre, come la forza dello spavento che fa tremare e cadere. E una forza nell'anima come le forze que sono nell'acqua e nel fuoco. Dunque se la giovine è guarita è perchè Dio ha disposto nel suo mondo questa gran forza; datene lode a Dio e non a me. (p. 219).

La madre de esta "miracolata" tiene un hijo moribundo y ruega insistentemente al santo que lo sane: "Uomo santo di Dio, tu hai guarito questa, guarisci l'altro!" (p. 223). Maironi rechaza el calificativo que le dan insistiendo en el poder de la fe: "Io non sono uomo santo, io non ho guarito questa, per quest'altro che dite io potrò pregare" (p. 223). Ya lo había dicho muchas veces: "Abbate fede e guarirete senza di me" (p. 220). Movido por la caridad que inspira su predicación y sus obras, Maironi se dirige con don Clemente a la casa del agonizante. No obstante estar el enfermo en sus últimos momentos, el sacerdote desaparece de la escena. Fogazzaro prepara así la confesión del moribundo al "laico" que le absuelve diciendo: "Cristo mi dice che i tuoi peccati ti sonno remessi e che tu parta in pace" (p. 229). Al poder sacramental de perdonar los pecados propio del Orden sacerdotal, o pone el autor el poder carismático que en un laico se manifestaría por revelación privada. ¿Qué autoridad tiene el santo, para declarar a un pecador que sus pecados le han sido perdonados? Esto recuerda la doctrina de Lutero sobre la "fides universalis salvifica", por la cual se confía en el perdón universal, merecido por los méritos de Cristo. Otra vez se confunden la fe con la confianza y con la esperanza, y se sustituye el orden sacramental por el carismático y la Revelación objetiva y oficial, por una presunta inspiración de tipo subjetivo y privado.

No obstante haber vivido tres años en la hospedería de una abadía, y de haber sido invitado por el abad a abrazar el estado religioso, Maironi no se siente atraído por la vida monástica ni por el estado sacerdotal. No tiene vocación contemplativa, a pesar de que, como Jesucristo, pasaba muchas horas de la noche en oración. Su vida de apóstol moderno tiene

que ser y es vida de acción. La fe tiene que ser dinámica y los métodos y temas de predicación deben adaptarse a las exigencias modernas de las sociedades. De acuerdo con su doctrina, habría que conceder más libertad a los individuos para que, sintiéndose más libres, pudieran seguir sus inspiraciones personales. Como hemos visto, él creía poder actuar según las inspiraciones y los carismas puramente privados. Ni el Orden ni las Reglas de la vida monástica le atraían ni le inspiraban: "... La Regola non gli si era mai rappresentata in tale antagonismo con il suo ideale di un santo moderno" (p. 109). En cierta ocasión, fue considerado como el Hecker italiano¹⁵. En suma, no solamente era un modernista, sino que trataba de defender los principios apologeticos del Americanismo, condenados por León XIII en 1899, en la encíclica *Testem benevolentiae*¹⁶. La acción, que es el motor del hombre moderno, será la causa eficiente y final de su apostolado. Según él, todos los actos de la existencia, incluso los inmanentes, son acción. En ellos también se incluiría el acto de fe. La consecuencia lógica de estos principios es la acción manifestada en todo tipo de actividad natural y sobrenatural. Su vida activa no se limita únicamente a las obras de misericordia, como la de enseñar a los ignorantes, visitar a los enfermos, consolar a los afligidos, sino que se manifestará en actividades domésticas y de todo tipo de trabajo manual. No duda nuestro santo en trabajar gratis como jardinero en los huertos de las viudas y de los huérfanos. En cierta ocasión, fregó la escalera de la casa de los Selva para que la dueña de casa no regañara a su anciana criada.

Lavora nell'orto qualche poco la matina e qualche poco la sera. Stamani si è levato per tempissimo e non gli è venuto in mente di lavare la scala? Maria rimproverò ieri la sua vecchia fantesca perchè la scala non era pulita. (p. 275).

Sus actividades litúrgicas son pocas, la principal es el rezo del Padre Nuestro en común. Rodeado de su pueblo, recitaba lentísimamente cada uno de los versículos de la oración dominical, que es la oración filial de los que creen tener un Padre en los cielos que socorre y que perdona. Sus "feligreses" repetían también lentamente cada una de las palabras siguiendo el ejemplo del santo varón. La autoridad eclesiástica no solamente condenará su doctrina, sino que tratará de impedir que continúe propagando

¹⁵ Isaac Thomas Hecker (1819-1888). Newyorquino, hijo de alemanes protestantes, se convirtió al Catolicismo, fue ordenado sacerdote en la Congregación de Redentoristas. En 1858, fundó la Congregación de Misiones de San Pablo. Tuvo gran influencia en el movimiento americanista, condenado por defender doctrinas semejantes a las del Modernismo.

¹⁶ Acta Apost. Sedis, Vol. XXXI (1898-99), 471 ss. Véase también la encíclica *Immortale Dei*, en el Vol. XVIII (1885), 166 y ss.

la herejía. Cuando logran expulsarlo de la aldea, estando a punto de partir, se le acercó la maestra del lugar para despedirse y cerciorarse de una afirmación que oyó de sus labios, que la tranquilizaría respecto a la suerte eterna de su padre, que murió siendo ateo. Maironi confirmó su creencia:

... che un uomo può negare Dio senza essere veramente ateo e senza meritare la morte eterna, quando nega quel Dio che gli è proposto in una forma ripugnante al suo intelletto ma poi ama la Verità, ama il Bene, ama gli uomini, pratica questi amori. (p. 234).

En otra ocasión, una mujer le preguntó cómo se imaginaba la otra vida, y si creía que uno podría ver después de la muerte a las personas conocidas. Maironi respondió con palabras evasivas, que insinúan ideas heterodoxas:

Credo, rispose gravemente, che fino alla morte del nostro pianeta l'altra vita sarà per noi un grande continuo lavoro sopra di esso e che tutte le intelligenze aspiranti alla Verità e all'Unità vi si troveranno insieme all'opera. (p. 269).

Dicho con otras palabras, la unión de los seres amados se realiza y realizará, hasta el fin del mundo, luchando por el anhelo de alcanzar la verdad y la unidad. La unión y la amistad son cosas de este mundo. El santo abandona la aldea para dirigirse primero a Subiaco y luego a Roma, donde asistirá a reuniones secretas de modernistas, acompañado de un jovencito rubio lombardo, que aparecerá constantemente junto a él, y que será su discípulo preferido y el escogido para ser su sucesor. Este "giovinetto lombardo", que por su virtud virginal y fidelidad, recuerda a Juan el Evangelista, acompañará a su maestro en el calvario de sus persecuciones y estará a su lado en el momento de su agonía. La estancia de Maironi en Roma, es un verdadero martirio. Tiene una entrevista secreta con el Papa, después de la cual las persecuciones arrecian. La autoridad eclesiástica, pide a la policía que lo destierre o lo encarcele. Entre tanto aparecen los síntomas de la enfermedad que pronto lo llevará a la tumba. Gravemente enfermo, es alojado en una villa del Aventino, donde reaparece el pino simbólico del valle de Valsolda de Lugano:

Talvolta, sotto un pino volgente al Celio l'ombrello pieno di vento e di suono, aveva pensato all'ultima scena della Visione, si era contemplato lì steso sull'erba nell'abito benedettino, pallido, sereno tra faccie compiangenti, cantando il pino sopra di lui un canto misterioso del cielo. (p. 445).

Cuando Maironi —alojado en una de las habitaciones del palacio Mayda —se entera por la Hermana enfermera que muchísima gente del pueblo

se había reunido en la calle, deseosa de visitarle, rogó a los sirvientes que lo bajaran al jardín para morir entre los suyos:

Idee proprio di Santi —pensò la suora— Benedetto fece il tragitto nelle braccia del giardiniere e di un servo, avviluppato di coperte, col crocifisso in mano. (pp. 458-59).

Quiso morir públicamente entre sus pobres, rodeado de sus discípulos y de sus amigos. Alojado en la pobrísima casucha del jardín, recibió a sus devotos, siendo el primero el “biondo giovinetto lombardo”, a quien mantuvo junto a sí, durante su discurso de despedida, que fue su testamento espiritual. Mandó llamar a Jeanne a su lecho de muerte, según se lo había prometido. Esta fue inmediatamente con su amiga Noemí. Ambas se convertirían a la religión del maestro. He aquí algunos detalles del testamento espiritual del santo:

—Venetimi vicini—, diss'egli.

Il giovinetto biondo passò avanti agli altri, s'inginocchiò, rigato il viso di tacite lagrime, al letto del Maestro che gli posò la mano sul capo e represe:

—Restate uniti...

—Pregate senza posa e insegnate a pregare senza posa...

—Siate puri...

Detto così, egli cinse col braccio la testa del giovinetto biondo quasi a difenderla dal male e pregò nell'anima per lui ch'era forse la sua maggiore speranza. Poi ripigliò:

—Amatevi, l'amore basta. (pp. 461 ss.).

También exhorta y manda cumplir con los deberes de culto prescritos por la Iglesia, prohibiendo a sus fieles que se organicen bajo nombre, reglamentos o reglas. La única regla y el único nombre es el del amor. Les manda que trabajen para purificar la fe, para que ésta penetre en la vida. Insiste en que hay que sentir a Dios en lo íntimo del alma propia como en la de cada uno de los demás. La misión principal de sus discípulos será la de “purificar la fe”, adaptándola a las necesidades de los individuos. La fe purificada será el alma de la verdadera religión, que debe ser ante todo acción y vida. Después de bendecir y besar a sus discípulos, contempla por la ventana el pino... Muere en el momento en que Jeanne besa el crucifijo que él tiene en sus manos.

VI

Manuel Bueno, el párroco de Valverde de Lucerna, tendría unos treinta y siete años cuando empezó su apostolado pastoral, y según escribe en sus memorias Angela Carballino, era alto, delgado, erguido y tenía en sus

ojos toda la hondura azul del lago del lugar. Su apariencia, pero sobre todo su bondad atraía las miradas y los corazones de todos. Angela tenía un hermano escéptico o mejor dicho ateo, a quien no hacía ninguna gracia que ella estudiara en colegio religioso. Allí tuvo Angela una amiga y confidente, una compañera que la quería muchísimo. Con ella compartía la dicha de poder comentar los encomios que su madre Simona le hacía en las cartas del santo párroco de la aldea. Parece que ese sacerdote abrazó la vida religiosa movido por caridad más que por vocación sacerdotal: “con el fin de atender a los hijos de una su hermana recién viuda, de servirles de padre” (p. 851). Su auténtica caridad y compasión hizo nacer en los corazones tanta confianza y tanta esperanza en él que: “emprendió la tarea de hacer él de lago, de piscina probática y tratar de aliviarlos y si era posible de curarlos” (p. 851). Tan poderosa era *la acción* de su presencia, “que consiguió curaciones sorprendentes”. “Y alguna vez llegó una madre pidiéndole que hiciese un milagro en su hijo...” (p. 852). El ama a su pueblo entrañablemente y entre todos, Blasillo el bobo, idiota de nacimiento, es objeto de su paternal interés y de sus caricias. Una de las funciones litúrgicas preferidas era rezar con su pueblo el Credo al unísono. “Y al llegar a lo de ‘creo en la resurrección de la carne y la vida perdurable’... él se callaba”. Sus obras de misericordia acompañaban a sus feligreses desde antes de nacer —como en el caso del hijo que adoptó y reconoció como suyo Perote “que *contagiado* de la santidad de don Manuel, reconoció por suyo no siéndolo” (p. 851)—, hasta el momento de la muerte ya que: “Los más no querían morir sino cogidos de su mano como de un ancla”. En cuanto a la supremacía de la acción sobre la contemplación, el autor escribe de su protagonista:

Su vida era activa, y no contemplativa, huyendo cuanto podía de no tener nada que hacer.

...¡Hacer! ¡Hacer!... así es que estaba siempre ocupado. (p. 853).

Tanta era su actividad y su deseo de ayudar a los desvalidos que:

Trabajaba también manualmente, ayudando con sus brazos a ciertas labores del pueblo...

Un día del más crudo invierno, se encontró con un niño, muertito de frío, a quien su padre le enviaba a recoger una res a larga distancia en el monte.

—Mira —le dijo al niño—: vuélvete a casa, a calentarte y dile a tu padre que yo voy a hacer el encargo. (p. 854).

Acompañaba al médico en sus visitas a los enfermos, ayudaba al maestro enseñando materias profanas, e incluso tocaba el tamboril para que los jóvenes bailasen. Todos lo consideraban un santo. En cierta ocasión, un payaso, agradecido por la ayuda y el consuelo que prestara a su esposa

agonizante, le dijo: "Bien se dice, señor cura, que Ud. es todo un santo...". Replicó don Manuel: —"El santo eres tú, honrado payaso..." que trabajas para dar alegría a los hijos de los otros. Y le asegura que su esposa descansa en el Señor. Manuel no tenía vocación de ermitaño. El mismo lo confiesa: "... yo no nací para ermitaño, para anacoreta; la soledad me mataría el alma, y en cuanto a un monasterio, mi monasterio es Valverde de Lucerna" (p. 857).

A pesar de la educación recibida en el colegio de las religiosas, Angela tenía dudas de fe que confesó a Manuel. Salió del confesonario consolada, pero descubrió que su confesor "necesitaba consuelo". Dijo Angela abiertamente: "Y volví a confesarme con él, *para consolarle*". En una de las pláticas de confesonario Angela descubrió que Manuel no creía en el demonio. Entonces, el desconsuelo de la consoladora fue inmenso. Poco después, la joven se atrevió a exigir al sacerdote que confesara abiertamente su fe en el infierno y en el cielo. Este eludió la confesión, repitiendo maquinalmente la clásica afirmación del catecismo:

—Sí, hay que creer todo lo que cree y enseña a creer la Santa Madre Iglesia Católica, Apostólica, Romana.
¡Y basta! (p. 859).

Entre el confesor y la penitente se establece una unión afectuosa y profunda. Ella se convierte en su "diaconisa" y confidente. Siente como la maternal responsabilidad de ampararlo y sostenerlo. Escribió Angela que durante la ausencia de un viaje:

... sentía, sobre todo, la falta de mi Don Manuel y como si su ausencia me llamara, como si corriese un peligro lejos de mí, como si me necesitara. (p. 860).

El amor de Angela por su hijo espiritual es ideal, platónico, pero la atará de tal manera que inmolará su vida por ese amor. Tenía *veinticuatro años*, cuando Lázaro Carballino, su hermano, incrédulo, anticlerical y ateo regresó de América: "... ni entraba en la iglesia, ni dejaba de hacer alarde en todas partes de su incredulidad..." (p. 861).

Las ideas heterodoxas escatológicas de Manuel, se manifestaron claramente, al morir la madre de los Carballino:

—Usted no se va —le decía Don Manuel—, usted se queda, Su cuerpo, aquí, y su alma también aquí en esta casa, viendo y oyendo a sus hijos, aunque éstos ni la vean ni la oigan. (p. 862).

Paulatinamente, Lázaro se va dando cuenta del drama interior de Manuel e impresionado por la divina farsa, se contagia de la "fe" del sacerdote y promete a su madre que rezará por ella. Ya contagiado de la san-

tividad de Manuel, cumple con todo lo que éste le pide, incluso comulga para que el pueblo entero se alegre. Su hermana conmovida exclama: “¡Qué alegría nos has dado a todos! —Por eso lo he hecho contestó”. Unicamente por dar alegría a los demás, no por razones de fe sobrenatural. Unicamente por dar alegría, como la daba el payaso y como la repartía a manos llenas el sublime impostor. Manuel le había rogado que “fingiese creer si no creía”. Ya Lázaro, dueño del secreto y partícipe de la farsa, colaboró con Manuel hasta el fin de su vida. Su párroco le había confesado que la verdad es inconfesable, que el pueblo jamás podría soportar el peso mortal de la verdad. La verdad —según Manuel— no vivifica ni libera: ¡mata! El fin de la religión sería que los pobres seres humanos se sueñen inmortales; y la misión de la Iglesia hacer que los creyentes vivan. Unamuno insiste en la analogía que existe entre la fe y la esperanza o confianza de alcanzar lo inalcanzable. El cree con Manuel que creer es indispensable para el pueblo. El santo párroco, creyente de la fe en la fe, vive y muere predicándola. No obstante Angelina quiere saber claramente, sin restricciones, qué clase de fe es la de su pastor, y durante un diálogo descubre la verdad:

—Pero tú, Angelina, tú crees como a los diez años, ¿no es así? ¿Tú crees?

—Sí, creo, padre.

—Pues sigue creyendo. Y si se te ocurren dudas, cállatelas a ti misma. Hay que vivir...

Me atreví, y toda temblorosa le dije:

—Pero usted, padre, ¿cree usted?

Vaciló un momento y, reponiéndose, me dijo:

—¡Creo!

—Pero ¿en qué, padre, en qué?

¿Cree usted en la otra vida? ¿Cree usted que al morir no nos morimos del todo? ¿Cree que volveremos a vernos, a querernos en otro mundo venidero? ¿Cree en la otra vida?

El pobre santo sollozaba. (p. 866).

Es tanto el poder espiritual que la joven tiene en el pobre sacerdote que llega a absolverlo, cuando éste le confiesa “su pecado”.

—Y ahora. Angelina, en nombre del pueblo, ¿me absuelves? dijo.

Me sentí como penetrada de un misterioso sacerdocio y le dije:

—En nombre de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, le absuelvo, padre.

(p. 867).

Lázaro no solamente se convirtió en su colaborador y amigo, sino en su confidente íntimo. A tal grado llegó la confianza que el sacerdote le tenía, que le confesó todo, incluso la tentación de suicidio. Su discípulo

que aún conservaba resabios de racionalismo reaccionó contra ciertas supersticiones populares. Su maestro le reprendió considerando peligroso tratar de racionalizar la fe:

—¡Déjalos! ¡Es tan difícil hacerles comprender donde acaba la creencia ortodoxa y donde empieza la superstición! Y más para nosotros. Déjalos pues mientras se consuelen. Vale más que lo crean todo, aún cosas contradictorias entre sí, a no a que no crean nada. (p. 868).

Para Manuel como para los comunistas la religión es el opio del pueblo: malo según ellos, excelente según él:

Sí, ya sé que uno de esos caudillos de la que llaman la revolución social ha dicho que la religión es el opio del pueblo. Opio... opio... Opio, sí. Démosle opio, y que duerma y que sueñe. Yo mismo con esta mi loca actividad, me estoy administrando opio. (p. 869).

La muerte del párroco de Valverde de Lucerna fue pública y espectacular. Al sentir llegar sus últimos momentos llamó a los depositarios de su secreto y les pidió que le condujeran a la iglesia pues deseaba morir entre sus feligreses.

Y la hora de su muerte llegó, por fin. Todo el pueblo la veía llegar. Y fue su más grande lección. No quiso morir ni solo ni ocioso. Se murió predicando al pueblo en el templo. Primero, antes de mandar que le llevaran a él, pues no podía ya moverse por la perlesía, nos llamó a su casa a Lázaro y a mí. (p. 871).

De entre el pueblo se acercó más su preferido, el más mimado por sus caricias. Antes de predicar su sermón de despedida que fue su testamento espiritual le mandó que se acercase más cerca y lo cogió de la mano:

Se le llevó a la iglesia y se le puso, en el sillón, en el presbiterio, al pie del altar. Tenía entre su manos un crucifijo. Mi hermano y yo nos pusimos junto a él, pero fue Blasillo el bobo quien más se arrimó. (p. 873).

Teniendo junto a sí al bobo que lloraba de alegría entre otras cosas dijo:

—Dejadle que se me acerque. Ven, Blasillo, dame la mano. El bobo lloraba de alegría. Y luego Don Manuel dijo:

—Muy pocas palabras, hijos míos, pues apenas me siento con fuerzas sino para morir. Y nada nuevo tengo que deciros. Ya os lo dije todo. Vivid en paz y contentos y esperando que todos nos veamos un día, en la Valverde de Lucerna que hay allí, entre las estrellas de la noche que se reflejan en el lago, sobre la montaña. Y rezad, rezad...

Sed buenos que eso basta... (p. 873).

Y cumplieron con su voluntad de enterrarlo en el ataúd que según su mandato fue hecho con las seis tablas que él mismo había tallado del tronco del nogal matriarcal. Aquel árbol había dado muchos frutos cuando vivo, y sirvió para dar luz y calor a los pobres cuando muerto. Creo que este árbol es el símbolo de la fe heredada de su madre, viva en la infancia y luego muerta. El trató de hacer de ese árbol vivo y muerto algo útil para los demás y para él.

Quando me entierren, que sea en una caja hecha con aquellas seis tablas que tallé del viejo nogal, ¡pobrecillo! a cuya sobra jugué de niño, cuando empezaba a soñar... ¡Y entonces sí que creía en la vida perdurable! (p. 872).

VII

Sintetizando podríamos enumerar los elementos materiales análogos que aparecen en las dos obras; comentar luego brevemente, los constitutivos formales esenciales, para considerar después las semejanzas doctrinales y las diferencias estéticas en ambas novelas. Los elementos análogos serían: 1) Los protagonistas, 2) Los personajes que rodean a los protagonistas, 3) Los símbolos comunes en ambas novelas. El constitutivo esencial sería la ideología inmanente sobre la fe, la acción y las opiniones escatológicas. En la conclusión se indicarán las grandes diferencias literarias y estéticas entre ambas obras.

PROTAGONISTAS

Nombre: Piero Maironi (*Il Santo*), toma el nombre de Benedetto, que es uno de los nombres de Cristo: "Benedictus qui venit in nomine Domini". Mt. 21, 9. "Benedictus fructus ventris tui". Luc. 1, 42.

El nombre sugiere una misión soteriológica.

Lugar: Valsolda de Lugano.

El autor y su protagonista se identifican con el lago, símbolo importante en las novelas de Fogazzaro.

Físico: Maironi tiene más de 30 años, es apuesto. Rasgo característico, la profundidad y misterio de su mirada. Cf. *Piccolo Mondo moderno*, p. 170.

Manuel (Emmanuel) también es nombre que se da a Cristo: "Ecce virgo concipiet et pariet filium, et vocabitur nomen eius Emmanuel". Isai. 7, 14. "Vocabunt nomen eius Emmanuel... nobiscum Deus". Mt. 1, 23.

Idem.

Valverde de Lucerna (nótese la coincidencia de iniciales, y el nombre de dos ciudades suizas).

* Tiene 37 años. Es alto, erguido. Rasgo característico, la voz y la mirada profunda como el lago. La mujeres particularmente lo idolatran.

Vocación religiosa: Siente aversión y repugnancia por el claustro.

"... mi ripugna stranamente di entrare in qualsiasi Ordine religioso". p. 92.

Se consagra a predicar la fe en la fe, por razones sentimentales (¿histerismo místico? ¿mania religiosa?). Así lo opinaba el director del manicomio donde murió su esposa: "... atti di mania religiosa; puo darsi benissimo che restino sempre dentro certi limiti... ma puo anche darsi che progrediscano". *Picc. M. mod.*, p. 408.

Acción: Su vida es esencialmente activa. Es el apóstol moderno de la acción. Sus actividades no son puramente religiosas. A pesar de jamás haberlo hecho antes (pues era inmensamente rico) trabaja con sus manos para ayudar a los pobres.

Rezo en común: El Pater Noster.

Fisonomía psíquica-moral: Es un gran sentimental típicamente italiano, casi afeminado: "Ecco, lo era stato fino all'ultimo femmineo; femmineo, inetto a esencitare alcuna critica virile sul proprio isterismo mistico".

Interiormente, tiene gran fuerza de voluntad y fortaleza de espíritu.

Tiene poder de atracción sobre el pueblo.

Muerte: Pide ser bajado al jardín para morir entre el pueblo.

Cuando predica el testamento espiritual tiene abrazado al "giovinetto lombardo".

No tiene vocación de contemplativo (véanse los textos citados).

Se hace sacerdote *con el fin de* ayudar a una hermana viuda.

El ministerio sacerdotal de Manuel es una farsa basada en un drama que supone desequilibrio psíquico. En ambos protagonistas hay complejo de culpabilidad, de pecado, de crimen, que desean hacer desaparecer a fuerza de autodestrucción, inmolación, e incluso suicidio (en el caso de Manuel).

"¡Hacer! ¡Hacer...! Es el lema de Manuel. Trabajaba como campesino en la trilla, era carpintero, maestro, músico, etc.

El Credo.

Es un gran sentimental (casi a la italiana): Suspiros, sollozos, ojos arrasados de lágrimas, confidencias infantiles, etc.

No obstante tiene fuerza de voluntad para cumplir con su propósito hasta el fin de su vida.

Idem.

Pide ser llevado a la iglesia para morir entre sus feligreses.

Cuando predica el testamento espiritual tiene junto a sí a Blasillo el bobo.

PERSONAJES QUE RODEAN A LOS PROTAGONISTAS

Carlino Dessalle: Solterón, ateo, rico, que vive cuidado por su hermana.

Car(bal)lino Lázaro (Nótese la semejanza del nombre). Soltero, ateo, pudiente, que vive con su hermana.

Jeanne Dessalle: Vive consagrada al cuidado de su hermano y unida en espíritu al gran amor de su vida: Maironi. "Ho sempre amato mio fratello... la mia vita esterna gli appartiene... ma la mia vita interna appartiene a Lei". *Picc. M. mod.*, p. 106.

Noemi d'Arxell: Confidente de Jeanne, enamorada de Don Clemente, admiradora y discípula de Maironi.

Il biondino lombardo: que es como la prolongación del santo y le acompaña en la agonía, recuerda a Juan el Evangelista junto a la cruz.

Madre implorante por la salud de un hijo enfermo.

El pueblo: la gente ignorante y sencilla constituye un elemento esencial.

Angela Carballino: Vive con Lázaro (tiene exactamente como Gunhild —la protagonista de Lac d'amour— veinticuatro años). Como ella consagrará su vida a su escéptico confesor para confortarlo y consolarlo.

Colegiala (sin nombre) compañera y confidente de Angela, admiradora de Manuel.

Blasillo el bobo: que es como el eco de la "desesperación" de Cristo y de Manuel, es el punto en que se encuentran, (¿identifican?) el Redentor y Manuel.

También aparece en *San Manuel Bueno*.

Idem.

SIMBOLOS COMUNES A LAS DOS NOVELAS

El lago de Lugano, junto al cual pasó casi toda su vida Maironi (y Fogazzaro) es como el centro de todos los recuerdos, escenario del presente y presagio del futuro. Es el espejo donde se refleja el cielo, la iglesia antigua, el pino simbólico. Punto profundo donde convergen eternidad y tiempo, altura y profundidad.

El pino: Criatura que tiende al cielo sin alcanzarlo, aparece en la visión que tuvo Maironi en la que se vio morir a su sombra. El se identifica con ese árbol lleno de cantos y sacudido por el vendaval (idealismo, persecuciones). Presagio de su muerte.

El lago de Lucerna: que como el párroco es un espejo que refleja la imagen de un cielo que no existe y recuerda una misteriosa ciudad sumergida en él. También símbolo de tiempo y de eternidad.

Nogal matriarcal: Símbolo de la fe maternal desaparecida. Dio frutos cuando vivo, dará luz y calor cuando muerto. Manuel se identifica con ese árbol, por eso quiere que su ataúd sea hecho con las tablas que él talló de su tronco. Símbolo de su vida total: temporal y eterna.

DOCTRINA TEOLOGICA

El eje alrededor del cual giran estas dos novelas de tesis es la virtud de la fe. Los autores encarnan en sus personajes y protagonistas ideas heterodoxas, que estaban de moda a principios de siglo, durante el auge de las polémicas modernistas. Los pensadores modernistas opusieron a los conceptos dogmáticos tradicionales, que son objetivos e inmutables, la fuerza y la exigencia vital que rechaza todo lo que sea absoluto y trascendental. Según ellos, los dogmas deberían evolucionar adaptándose a las necesidades de los individuos y de las sociedades: tendrían que ser considerados como símbolos relativos. En última instancia, sería la inmanencia vital y no la autoridad la que daría a los dogmas el significado verdadero. Despreciando el valor de la razón y de los argumentos escolásticos, exaltaron el sentimiento, la intuición, la experiencia y las exigencias subjetivas. Según la teología tradicional, el objeto primario de la fe es Dios. En estas novelas, el objeto de la fe es el predicador. La gente cree en sus padres espirituales y por eso confía en ellos, y espera de ellos beneficios espirituales y materiales. No se trata de una aceptación intelectual de misterios revelados por Dios en la Escritura, Tradición, o Magisterio eclesiástico, sino de una adhesión sentimental a la persona del predicador que "revela carismáticamente", afirmaciones heterodoxas. Se confunde entonces el acto sobrenatural de fe con el instinto natural del deseo de creer por motivos sentimentales y exteriores. El entendimiento y la razón han sido suplantados por el sentimiento y por la experiencia religiosa o la pura superstición. El orden sobrenatural se equipara con el natural, y las razones intelectuales o especulativas son sustituidas por motivos pragmáticos o sensibles. Lo importante para ambos predicadores es que sus feligreses experimenten a Dios. Hacerles soñar y procurar que vivan sus sueños, en lugar de demostrarles que el acto de fe no se opone a la razón humana, sino que es una aceptación intelectual de misterios que se realiza con ayuda de la gracia divina.

También se sustituye la Revelación por inspiraciones, visiones, o imaginaciones que responden a estados sentimentales o histéricos. Los motivos que mueven a defender en nuestros protagonistas la necesidad de la fe, son de orden puramente material o utilitarista, ya que no creen en la vida eterna ni en lo sobrenatural. Saben por experiencia que la fe es una ayuda para soportar el peso de la existencia y un engaño que consuela frente a la terrible realidad de la muerte. Manuel recordaba con nostalgia los días de su infancia, cuando, jugando cerca del nogal matriarcal, vivo y cargado de frutos, él creía en la vida eterna. En aquel entonces era feliz, no tenía problemas interiores porque no tenía dudas de fe. Maironi, también en los años de la infancia y de la juventud, gozó de los consuelos de

una fe sencilla y firme. El diálogo que sigue —entre Maironi y Jeanne— recuerda el otro citado entre Manuel y Angela.

“Mi dispiace” disse Jeanne “che tu abbia perduta la fede”.

“Perchè?”

Perchè so quanto è triste di non aver dentro di sè niente di fermo, niente di assoluto”.

“Tu non hai niente, in te, di fermo?”

“Niente, tranne l'amore”.

“Non credi neppure che ci sia un'altra vita?”

“No” rispose Jeanne, sospirando.

(*Picc. M. m.*, p. 161)

Como antirracionalistas, rechazan los motivos de credibilidad de orden intelectual. Maironi y Manuel fundamentan sus argumentos en razones de orden inmanente sentimental. Por esta razón, difieren del vicario saboyano de Rousseau, que es un intelectual romántico. El clérigo del *Emilio*, confiesa la existencia de Dios, apoyándose en los argumentos racionales dados por Aristóteles y explicados por Santo Tomás de Aquino. Lo que el saboyano niega es la posibilidad de conocer la esencia de Dios, ya que como hijo de Juan Jacobo aborrece la metafísica. Por conveniencia y utilidad, acepta racionalmente la existencia de Dios, sin la cual —según él— sería imposible fundar un orden social y ético. Que tanto Fogazzaro como Unamuno hayan tenido presente la *Profession de foi du vicaire Savoyard*, es probable, pero sin consecuencias para los personajes creados por ellos, ya que —filosóficamente considerados— son completamente diferentes. Pertenecen al mundo del sentimiento y de la voluntad, no al del raciocinio¹⁷. Yo opino, con Schopenhauer, que el vicario saboyano es un racionalista. Para el filósofo pesimista, los apologetas forman dos grandes grupos: los *sobrenaturalistas* y los *racionalistas*. Según Schopenhauer, el vicario saboyano pertenece a este último grupo¹⁸. Los sobrenaturalistas serían los que consideran las alegorías como verdaderas: “Jene wollen die Allegorie als an sich wahr behaupten...”¹⁹.

Las ideas escatológicas de los protagonistas, también son semejantes. Recuérdense la respuesta que dio Maironi a la mujer que le preguntó su opinión sobre la vida después de la muerte, y lo que Manuel dijo a Lá-

¹⁷ Véase la opinión opuesta de ANTONIO SÁNCHEZ BARBUDO en “Los últimos años de Unamuno. ‘San Manuel Bueno’ y ‘El vicario saboyano’ de Rousseau”. *Hispanic Review*, Vol. XIX (Oct., 1951) nr. 4, pp. 281-322.

¹⁸ “Die Rationalisten glauben die Vernunft zum Masstabe zu nehmen: in der Tat aber nehmen sie dazu nur die in den Voraussetzungen des Theismus und Optimismus befangene Vernunft, so etwas wie Rousseaus ‘Profession de foi du vicaire Savoyard’, diesen Prototyp alles Rationalismus”. Arthur Schopenhauer, *Sämtliche Werke*, Bd. V: *Parerga und Paralipomena*, II (Stuttgart und Frankfurt a. M.: Cotta-Verlag, 1965), p. 461.

¹⁹ Loc. cit.

zaro cuando le dio la comunión "... in vitam aeternam... se le inclinó al oído y le dijo: 'No hay más vida eterna que ésta..., que la sueñen eterna..., eterna de unos pocos años'..." (p. 870).

Las *absoluciones laicas* (la que impartió Maironi al moribundo y la de Angela a Manuel) muestran claramente el poco respeto por el poder sacramental de perdonar los pecados que lleva anejo el Orden Sagrado, el cual lícitamente puede ejercerse en cuanto se posea la jurisdicción otorgada por el obispo. La iniciativa privada se opone a la misión jerárquica, así como la pretendida virtud carismática al poder sacerdotal. Manuel al pedir la absolución a Angela, burla el poder sacramental del Orden Sagrado y de la Penitencia. Maironi al declarar al moribundo que sus pecados le han sido perdonados, se imagina haber tenido una revelación especial de Dios. Sentimentalmente se atribuye una virtud carismática al hacerse instrumento de una revelación divina. Aparece con claridad que, para producir frutos espirituales, no es necesario el Sacramento del Orden Sagrado ni la misión jerárquica. De hecho los laicos son los que producen estos frutos. Por eso José Ortega y Gasset, escogió como lema del artículo anteriormente citado la sentencia de San Antonio de Padua: *Clerici sunt infructuosi et laici fructuosi*.

Los dos santos estudiados, que no aceptan las pruebas racionales de la existencia de Dios y carecen de la virtud teológica y sobrenatural de la fe, luchan en un penoso proceso, para elaborar una máscara. Es el drama —según Schürer— del yo oscilante entre la búsqueda de la personalidad y la elaboración de su máscara:

Das Ich, das wir vor uns selbst und vor der Welt zur Schau tragen, ist die Maske eines anderen unbekanntes, geheimnisvollen Ichs, oder, genauer gesprochen, des in der Tiefe noch ungestalteten Lebens chaotischer Triebe, die an der Oberfläche, im Bewusstsein, den Prozess der Individuation oder Formung (=Maskierung) durchmachen. (p. 413).

VIII

Por lo expuesto hasta aquí, se podría pensar injustamente que *San Manuel Bueno, mártir*, es un plagio o una mera adaptación o síntesis de los problemas y fisonomías creadas por Fogazzaro. No hay duda de que el problema es el mismo, pues la tesis de la inmanencia vital que inspiró a ambos autores es la misma. También es cierto que hay elementos materiales y formales análogos por lo que no se puede negar que Unamuno recordó *Il Santo* cuando escribió su novela. Si esto aparece estudiando a fondo los detalles, en su conjunto las dos obras son, estéticamente consideradas, muy diferentes. Fogazzaro fue creando a Maironi en un proceso

lentísimo, a través de tres libros que en su conjunto suman más de mil páginas. *Il Santo* es una novela de estructura complicada y está recargada de digresiones de tipo puramente doctrinal, donde se exponen las ideas teológico-modernistas, desde sus orígenes rosminianos hasta la condena-ción por Pío X. Es como una síntesis de la historia de las ideas desde mediados del ochocientos hasta principios de siglo. Por así decirlo, es como un tratado de Modernismo, escrito en forma de novela. La lectura es difícil, si no se conoce el estado de las ideas filosóficas de esa época, y las apasionadas polémicas que condujeron a condenar el Modernismo como la peor y más peligrosa de todas las herejías, pues era el compendio de todas las existentes. Hay variedad de ambientes, incluso en diferentes países. La estructura contiene subestructuras de tal manera que hay una novela dentro de la novela (*Lac d'amour* en *Il Santo*). Aparecen muchísimos personajes históricos fácilmente identificables. (Algunos amigos personales de Fogazzaro como Henri Bremond, que vivió en su casa de Lugano). Todas las personas que aparecen pertenecen a la clase alta. Son grandes teólogos, filósofos, estadistas, aristócratas, gente adinerada. Los hermanos Dessalle son riquísimos herederos de bancos en varios países. Maironi heredó una gran fortuna de su abuela. Hablan varias lenguas. A veces los diálogos aparecen en francés o en alemán. En los ambientes se hace alarde de riqueza, y los personajes con frecuencia parecen pedantes o directamente cursis.

La novela de Unamuno, en cambio, es tan sencilla, tan concisa —si se me permitiera el término diría: tan “impresionista”— es tan profundamente dramática y tan rica en diálogo, que creo podría adaptarse para ser representada en el teatro. Ha sido estructurada con esencias. Parecería como que Unamuno hubiera querido concentrar los conceptos hasta reducirlos a su simplicidad mínima, a la transparencia y a la fuerza de los valores o categorías esenciales. Ahí está la tesis de la inmanencia y del Modernismo, ahí están los principios filosóficos de la acción. Ahí palpita el sentimiento trágico de la vida y también está lo que Unamuno considera esencial en su religión. Se asiste a la agonía del cristianismo en su lucha por armonizar los misterios con la fe. Todo esto encarnado en un protagonista principal que vive inmolándose para que otros sean felices. Aparece auténtico con sus virtudes y con sus debilidades. Un pobre ser atormentado por ideas terribles, que se refugia como un niño en el regazo de una mujer que lo ama y le consagra su vida. Ahí está la vida, en una pequeña aldea, en un ambiente pobre y sencillo, jugando diariamente con los misterios más profundos. El sacerdote que, no creyendo en sus poderes sobrenaturales, hace de su sacerdocio una actividad puramente natural, desciende a los infiernos para rescatar a su pueblo del insoportable martirio de la verdad y conducirlo a un mundo imaginario de sueños.

Resumiendo tenemos que decir que Fogazzaro y Unamuno han tratado el mismo tema pero en formas muy diversas. La imagen del sacerdote en

general, y la del sacerdote atormentado por dudas de fe, o abiertamente agnóstico, en particular, ha inspirado centenares de obras literarias. Erich Trautner, en su valioso libro: *Das Bild des Priesters in der Französischen Literatur des 19 und 20 Jahrhunderts*, presenta concisa y claramente, las principales de ese período en Francia²⁰. Muchos novelistas de nota, trataron del mismo problema pero de manera tan diferente, que sus obras a pesar de estar inspiradas por la misma idea, tienen un valor estético real y una personalidad innegable que las diferencia.

Fogazzaro y Unamuno dejaron en la fisonomía espiritual de sus "santos" la síntesis de una doctrina y el espíritu de una creencia. Se identificaron con sus protagonistas, sufrieron con ellos y fueron condenados como ellos. Sabemos que *San Manuel Bueno, mártir* es parte del testamento espiritual de don Miguel. Creo que no es temerario aplicar a su libro, las cálidas palabras que Fogazzaro escribió, refiriéndose al suyo, en una carta a Onorato Fava:

"Questo libro deve dire le cose che più mi stanno a cuore, essere quasi il suggelo dell'intera opera mia".

San Manuel Bueno, mártir, es también como una síntesis y sello del sentimiento trágico y agónico que inspira la obra unamuniana.

SANTIAGO LUPPOLI

The University of Texas
Octubre, 1967

²⁰ Max Auer Verlag, München, 1955.